

A shirtless man is shown from the chest up, holding a large combat knife. The knife's blade is positioned vertically, with the hilt in his right hand and the tip pointing downwards. The blade has a black and white striped pattern. The word "EPIC" is written in large, white, distressed, block letters across the center of the image, partially overlapping the man's chest and the knife blade. The background is a plain, light-colored wall.

EPIC

A **HIM**
NOVELLA

SARINA BOWEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

ELLE KENNEDY

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

Him 2.5
Epic

Sarina Bowen & Elle Kennedy



DIAGRAMADO POR CARONIN84

Índice

[Sinopsis](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Sobre las autoras](#)

Sinopsis

Jamie y Wes son felices viviendo y trabajando en Toronto. Hasta que un reclutador de otro equipo aparece para hacerles una oferta que podría complicar la vida que han construido juntos.

1

Wes

—No puedes simplemente decidir *ser* canadiense —dice Blake Riley, su vaso de cerveza agarrado en una de sus gigantescas manos.

—Claro que puedes —discute Jess, alineando la bola blanca para un tiro complicado—. Eso es lo que me gusta de Canadá.

—No-oh. Ser canadiense es un estado mental. Tengo el cerebro de Canadá. Tú no.

—Oh, tienes algo, de acuerdo —murmura ella entre dientes.

—Está bien estar celosa, nena.

—No estoy celosa.

—Sí lo estás.

—Oh, Dios mío, no lo estoy.

—Mentir no es sexy.

—*Tú* no eres sexy.

—No seas loca ahora.

Jess lo mira boquiabierto sobre su taco.

—¿*Yo soy* la loca?

Miro todo el intercambio con divertido silencio. A Blake y Jess les encanta discutir el uno con el otro casi tanto como se aman. Miro a Jamie para ver si también los encuentra ridículos. Pero está mirando con fijeza su vaso de cerveza, perdido en sus pensamientos.

Ha estado muy distraído esta noche. Y no tengo ni idea de por qué.

Jess finalmente tira y puedo decir que no va a lograrlo. O más bien... no iba a hacerlo. Pero en el último segundo, Blake casualmente baja la mano y empuja la bola hacia la esquina. Cae en la tronera.

—¡Oye! —discuto—. ¿De qué lado estás? —Se supone que Blake y yo somos compañeros contra los Canning. Y estamos ganando.

—Cállate, tonto —grita Blake. Luego me da una gran sonrisa—. ¿Ven? Suena perfectamente natural en mí. Cerebro canadiense.

—¿De verdad acabas de perder el juego por mí? —chilla Jess. Baja el taco de billar y salta en sus brazos.

—Sí, chiquita. Cualquier cosa por ti. —La cerveza de Blake salpica violentamente contra el lado de su vaso mientras la besa—. ¿Es hora de ir a casa? Estoy planeando una invasión a California con mi misil canadiense.

—Jesús. Demasiada información. —Me estremezco mientras continúan besuqueándose justo delante de mí—. Hemos pasado por esto. Soy fácil de traumatizar. Pensé que los canadienses eran educados. Jamie, haz que paren.

—¿Hmm? —Mi marido alza la mirada de repente—. ¿Algún problema?

Le doy una buena mirada. No es que me importe la vista. Su cabello luce dorado bajo la cálida luz del bar y sus ojos marrones parpadean hacia mí. Pero está raramente distraído.

—¿Estás bien? Pareces un poco apagado esta noche.

—Lo siento —dice rápidamente—. ¿Quién ganó, de todos modos?

—Al parecer, ellos. —Muevo un pulgar hacia Blake y Jess, que se están mirando a los ojos e intercambiando besos—. ¿Tal vez es hora de irnos? Tienes práctica temprano, ¿verdad?

—Totalmente. —Deja su cerveza inacabada—. ¿Trajiste el Jeep? No me importa llevarte si lo necesitas.

—Sí, conduje. Pero me encargo. ¿Deberíamos separarlos o solo gritar buenas noches desde una distancia segura?

Jamie finalmente mira a su hermana y Blake. Frunce el ceño.

—Manténgalo para todos los públicos, niños. Nos vamos.

—¡No esperen despiertos, Wesmie! —dice Blake con una sonrisa.

—¡Buenas noches! —añade Jess.

Antes de que siquiera nos demos la vuelta, están de nuevo en los brazos del otro.

—¿Crees que siempre son así? —cuestiono—. ¿O solo exageran para molestarnos? Eres el que tiene hermanos. Dime cómo funciona esto.

—Ajá. —Es todo lo que Jamie dice. Luego, abre la puerta del bar y una ráfaga de aire frío de marzo nos hace estremecer.

Treinta minutos después, salgo del baño para encontrar a Jamie ya en nuestra cama, sus brazos bajo su cabeza, su expresión pensativa.

Apago la luz y subo a su lado, listo para al fin oír qué hay en su cabeza. ¿Quizá fue algo que dije?

O tal vez no, porque Jamie rueda hacia mí de inmediato, su mano sobre mi estómago, las puntas de sus dedos rozando la piel sobre la cintura de mis pantalones de franela.

Abro mi boca para preguntar qué hay en su mente, pero no funciona. Porque sus labios se posan sobre los míos y entonces nos estamos besando. No soy un idiota. Cuando el amor de tu vida quiere una sesión de besuqueo, no lo ignoras.

Así que me acerco más, pasando una mano por su espalda desnuda, metiendo una rodilla cubierta de franela entre las suyas desnudas.

Espera. Jamie no está enojado conmigo. Jamie está desnudo. Hago una voltereta hacia atrás mental ante esa comprensión, y lo beso un poco más profundamente. Lo extraño tanto cuando estoy lejos. Hay otro viaje aproximándose. Estaré en la costa oeste durante días.

Jamie lo sabe. Es un hombre inteligente. Muy, muy inteligente. Gimo, deslizando mi lengua contra la suya. Y entonces giro mi cabeza para explorar su mandíbula, probando la suavidad de su barba con mis labios.

Han pasado casi tres años desde nuestro primer beso. Mi vida cambió esa noche lluviosa en Lake Placid cuando Jamie me empujó contra el lado de un bar de carretera y me besó. Fue como caer en una fantasía de la cual nunca he tenido que despertar. Chupo su cuello, justo bajo la línea de su barba. Huele a pasta de dientes mentolada y los productos de ducha que ambos compartimos.

La habitación se mueve y me encuentro sobre mi espalda. Mi chico dorado ha intensificado la situación poniéndose encima de mí y pasando sus dedos por mi cabello corto. Su siguiente beso es duro, tal vez incluso un poco desesperado.

—Jamie —digo contra su boca.

—¿Mmm? —Pasa una mano por mi pecho y luego me pellizca el pezón.

—¿Estás bien? —Me encanta la atención, pero no puedo deshacerme del presentimiento de que algo lo está molestando. Cuando está preocupado, mi chico no siempre dice lo que hay en su mente.

—¿En serio? —dice con voz ronca, besándome de nuevo—. ¿Quieres hablar justo ahora?

—¿Contigo? Siempre. —Pongo mis manos sobre sus hombros, clavo un talón contra la cama y luego ruedo rápidamente. He vuelto las tornas, así que ahora estoy mirando su guapo y sobresaltado rostro—. Ahora escupe, cariño. No puedes tener este cuerpo sexy hasta que me digas por qué estabas tan callado esta noche. Quiero decir, ni siquiera reaccionaste cuando Blake declaró que esos sándwiches blandos Joe fueron nombrados por su tío.

Jamie resopla.

—Eso ni siquiera me sorprendería si fuera verdad.

—Aun así no lo oíste. Y quiero saber por qué.

Vuelve su cabeza hacia el lado y suspira.

—Tuve un día raro, es todo. Pero no es nada que un par de mamadas no puedan arreglar.

—¿Raro cómo? —presiono—. Dime y entonces tendremos más tiempo para la diversión.

Sonríe, luego pasa una mano por mi pecho.

—No es tan importante, ¿bien? Tuvimos algunos reclutadores en la pista hoy.

—¿De dónde?

—Ottawa. —Jamie bosteza antes de continuar—. El reclutador de porteros. Otra vez.

—Deben estar de verdad interesados en tu hombre Chambers. —Jamie es el entrenador de porteros para uno de los mejores equipos en la liga de hockey de Ontario. Probablemente será nombrado primer entrenador para un equipo junior en unos años. Ha tenido tres espectaculares temporadas igual que yo—. Esto es excitante, ¿cierto? ¿Van a reclutar a tu chico?

Despacio, Jamie niega.

—Eso es lo que pensé también. Pero entonces el reclutador me llevó a un lado y explotó mi mente. Dijo que tenían algunos problemas urgentes en su banquillo de porteros. Y que si consideraría ir a Ottawa con un contrato ambivalente para su equipo de la liga menor.

—Oh —digo en voz baja—. Como *jugador*. Eso es... —Me callo, porque no tengo ni idea de qué decir.

No debería ser todo tan sorprendente, ya que Jamie fue un candidato para Detroit justo después de la universidad. Era un portero muy bueno. *Es* un portero muy bueno. Pero tomó la inusual decisión de renunciar a esa vida para entrenar a jóvenes jugadores de hockey.

Y para estar en Ontario. Conmigo.

—¿Vas a hablar con ellos sobre eso? Deberías —añado rápidamente, solo para que no piense que me molestaría.

—No estoy muy seguro. Quiero decir, probablemente estoy a *días* de distancia de una promoción que quiero de verdad. Y no fui a Detroit porque no quería esperar sentado por una oportunidad para jugar.

—Si te necesitan tan desesperadamente en Ottawa, tal vez no sería así, sin embargo.

Jamie cubre sus ojos con una de sus manos.

—Sí, también se me ocurrió. No quiero pensar en esto ahora mismo. —Su mano cae al lado de nuevo y me mira—. Apuesto que te lo pensarás dos veces la próxima vez antes de apartarme de tu polla para tener una conversación en la cama. —La esquina de su boca se curva en una sonrisa—. ¿No es así?

—Sí, supongo que eso es verdad. —Desciendo sobre su cuerpo de nuevo—. ¿Sería insensible de mi parte preguntar dónde estábamos antes de que te interrumpiera tan groseramente? —Lo beso una vez. Dos.

Hasta que sonrío contra mi boca.

—No sería insensible en absoluto. Pero creo que estábamos... —Me empuja y le permito ponerme sobre mi espalda de nuevo—. Aquí —dice, colocando sus caderas contra las mías—. Ahora cállate por unos minutos para que pueda hacer lo que hago mejor.

Hago un gesto de cerrar mis labios con cremallera y soy recompensado con una boca ardiente besando mi cuello y mi pecho. Su lengua sale a jugar mientras desciende por mis abdominales. Separo mis piernas y gimo, revolviendo su suave cabello mientras su boca perfecta se acerca incluso más a mi polla rápidamente endureciéndose.

Mientras mi pulso salta, me sumerjo en el momento, intentando no pensar en cuánto extraño ya a Jamie durante la temporada.

O cuán largo es un viaje desde aquí hasta Ottawa.

2

Jamie

—Jamie, hola —dice mi jefe Bill cuando entro a su oficina para nuestra reunión de la mañana—. Siéntate. —Sonriendo, hace un gesto hacia la única silla vacía en la habitación. La segunda silla extra está ocupada por el jefe de Bill, al que no esperaba encontrar en esta reunión.

Mi pulso se acelera ante la vista de Ron Farham. Ron es uno de los chicos en lo más alto de la Canadian Hockey League, la organización que gobierna las tres ligas que forman el hockey amateur en Canadá. Es una especie de tipo importante, y mis palmas se humedecen mientras me siento en la silla junto a él.

Detrás de su escritorio de caoba, Bill Braddock me ofrece otra sonrisa. Reconfortante.

—Relájate, Canning. Esto es solo una revisión anual, no una ejecución.

¿Solo una revisión anual? No-oh. Esta es la reunión donde descubro que conseguí la promoción para la que apliqué.

Segundo entrenador. El gran SE. Claro, no suena como el título más glamuroso de trabajo, pero es un paso arriba de mi actual posición como entrenador asociado, y es un paso más cerca de mi meta final: primer entrenador.

No me malinterpretes, me encanta trabajar de cerca con los porteros y defensas del equipo. Y sé que mis esfuerzos definitivamente contribuyeron a que ganáramos el torneo de la Memorial Cup el año pasado. Todavía falta para eso este año, pero los chicos han estado pateando culos esta temporada, así que volver al campeonato no está fuera del alcance.

Pero solo porque yo mismo fui portero no significa que no tenga ideas sobre estrategias ofensivas, o la habilidad de entrenar a los talentosos delanteros que entran en la liga cada año. Necesito un cambio. Necesito un conjunto de responsabilidades más amplio.

Durante nuestro último viaje, Bill prácticamente confirmó que iba a recibir una promoción. Significa moverse a un equipo diferente cuyo estadio está a unos cuarenta y cinco minutos al norte de Toronto, pero no me preocupa el desplazamiento desde el centro de la ciudad. Y sí, también

significa que ya no trabajaré con Bill, pero tanto como me gusta y respeto al hombre, el cambio es bueno.

Ahora, mientras me siento ahí en presencia de Bill y Ron, me pregunto si tal vez... ¿tal vez voy a conseguir incluso una mejor posición? ¿Por qué si no estaría alguien de la CHL¹ aquí?

—Vayamos directos a los negocios —dice Bill sin preámbulo—. Ron y yo hemos estado elogiándote toda la temporada. Lo que has hecho con Chambers es realmente algo.

Ron asiente con entusiasmo.

—¿La forma en la que cambiaste a ese chico? Muy impresionante.

—Cambió él mismo —discuto, aunque no puedo negar que Dale Chambers era una absoluta pesadilla al principio de temporada. Resentido, por no mencionar con complejo de Dios. El niño se ganó la antipatía de sus compañeros desde el día uno, y tomó muchísimos intentos de fomentar el espíritu de equipo para crear un poco de compañerismo entre él y todos los demás. Si a un equipo no le gusta o no confía en su portero, podría fracasar toda una temporada.

Pero todo lo que tomó fueron unas pocas conversaciones con Chambers para que me diera cuenta de que estaba gritando por ayuda. Su padre abandonó a la familia cuando Dale tenía seis años, y el desfile de “referentes” masculinos cortesía del horrible gusto de su madre en novios, creó un ambiente hostil en casa que hizo que Dale se comportara mal en la escuela y en la práctica de hockey. Su talento como portero captó la atención de los entrenadores de su liga, que lo animaron a seguir jugando.

—Solo lo escuché —digo a mis jefes.

—Eres bueno con ellos —comenta Bill con seriedad—. Los chicos. Tienes un verdadero talento para apoyar a estos niños, Canning.

Mis mejillas se calientan y maldita sea si mi pecho no se hincha con orgullo. Soy bueno con los niños. Sé que lo soy. Y el elogio se siente genial, no voy a negarlo.

—Eres un excelente referente —dice Ron en acuerdo.

El globo de orgullo crece más, llenando todo mi pecho.

—Con eso dicho... —Empieza Bill.

Aquí está. Casi me froto las manos con alegría. Hora de la promoción.

—Sé que estabas esperando ser el SE para el equipo de Barrie, pero esa posición fue ofrecida a Hannigan esta mañana.

El globo en mi pecho explota. Reemplazado con una ráfaga de aire frío.

—¿Hannigan? —repito estúpidamente. ¿Percy Hannigan? Pero es el trabajador más reciente para Toronto. Prácticamente *entrené* al chico.

Qué mierda.

—Eh. —Trago, luego me obligo a mantener un tono neutral—. Con todo el debido respeto, señor, pero... ¿cree que Hannigan está cualificado? Solo se unió al personal recientemente.

—Ya tiene una relación actual con el entrenador Shay —revela Ron Farham—. Percy jugó para él en la escuela secundaria.

Qué. Mierda.

—Decidimos que formarían un buen equipo —dice Bill gentilmente, claramente viendo la expresión perpleja que estaba intentando enmascarar—. Y creemos que tus talentos residen en otra parte.

Frunzo el ceño.

—De acuerdo. ¿Voy a ser enviado a algún otro lado entonces?

Niega.

—Aún no. Nos gustaría mantenerte aquí en Toronto hasta que encontremos el puesto correcto para ti.

¡Excusas, excusas, excusas! Cuando era niño, mi hermano Brady solía pisotear y gritar una letanía de “*¡Excusas!*” cuando fuera que nuestro padre le decía que no podía ir a hacer surf ese día por cualquier (válida) razón. Y ahora aquí estoy, gritando el mantra de las rabetas de mi hermano en mi cabeza, intentando hacer todo lo posible para no dejar que las palabras escapen inadvertidamente de mi boca.

Pero sé que solo me están dando excusas de mierda. Ajá, estoy seguro de que realmente están buscando un súper impresionante “puesto correcto” para mí. Mientras tanto, Percy jodido Hannigan consiguió la promoción que yo quería, porque es amigo del primer entrenador de Barrie.

Qué mierda.

Los dos hombres siguen hablando. Siguen intentando decirme el gran trabajo que estoy haciendo en Toronto. *Sé que estoy haciendo un buen trabajo*, quiero gritar. *¡Por eso merezco una promoción!*

No estoy muy seguro de lo que digo durante el resto de la reunión. Sin embargo, no es mucho. Pero no estoy a punto de imitar a mi hermano y tener una rabieta. Necesito el empleo, después de todo.

Pero no estoy feliz. En absoluto. Aunque sonrío con los dientes apretados y estrecho manos con Bill y Ron, estoy hirviendo por dentro. Toma *un montón* enojarme. Cualquiera que me conoce puede decir que soy el chico más tranquilo y relajado que alguna vez conocerás. Apenas pierdo mi temperamento y puedo contar todas las veces que he alzado mi voz con los dedos de una mano.

Y aun así, prácticamente estoy gritando cuando llamo a Wes mientras salgo del edificio.

—¡Joder, no vas a creer esto! ¡Esos jodidos hijos de puta!

Completo silencio.

—¿Wes? —Exhalo—. ¿Estás ahí?

—Sí. Lo siento, sí, estoy aquí. —Hay otra larga pausa—. No creo que alguna vez te haya oído usar tantas groserías en un aliento.

—Lo siento. —Paso mi mano libre por mi cabello—. Solo estoy furioso, cariño. Ni siquiera puedo creer lo que acaba de suceder.

—Cuéntame —dice urgentemente, y lo hago. Le cuento que todo para lo que he trabajado tan duro durante *tres años* me fue arrebatado por un imbécil llamado Percy, y que mantengo mi título de entrenador asociado mientras mis superiores viajan a la tierra de la fantasía para encontrarme un trabajo mejor—. Quiero decir... ¿tal vez no están engañándote? ¿Tal vez te ofrecerán otra cosa? —comenta Wes en un débil intento de consolarme—. Parece que están muy felices con tu trabajo y tienen fe en ti como entrenador.

—Si tuvieran fe en mí, me darían el trabajo para el que apliqué. El trabajo que me gané. —Suelto un enojado aliento.

—Lo siento, cariño. Sé que esto no era lo que esperabas.

—Tienes jodidamente razón sobre eso. Estoy tan malditamente *enojado*. —Noto que una mujer empuja más rápido un carrito cuando

escucha mi boca sucia—. Ah, lo siento —digo débilmente, pero sigue fulminándome con la mirada hasta que está fuera de la vista.

Risa histérica burbujea en mi garganta.

—Acabo de asustar a una mujer y su bebé —informo a Wes.

—De acuerdo. Eso es todo. Ve a casa y empaca —ordena.

—¿Empacar?

—Sí. Te vienes a este viaje conmigo.

Frunzo el ceño.

—¿A la costa oeste?

—Sí. Necesitas relajarte. Puedes ver a tu familia, pasar tiempo conmigo y los chicos, venir al juego. Cuarenta y ocho horas enteras sin pensar sobre esta mierda del trabajo.

No sé si eso será posible, pero aprecio que esté intentando ayudar.

—Supongo que podría hacer eso —digo despacio—. Siempre y cuando esté de vuelta para el sábado para nuestro juego contra Niágara.

—Volvemos el sábado —me asegura Wes—. Ahora deja de perder el tiempo. Si no estás en el aeropuerto en la próxima hora y media, el avión se irá sin ti.

3

Wes

—Errrrannnghhhh. Arrrrmmh.

—¿Cariño? ¿Estás bien por ahí? —grito por la mesa abarrotada.

—Ohhhrrrgh. —Es la respuesta de Jamie.

Dependiendo del contexto, los ruidos que mi marido está haciendo podrían alarmarme. Pero una mirada a su rostro alegre me cuenta toda la historia. Estamos en un restaurante mexicano en el centro de San José, con varios de mis compañeros de equipo. Dado que es día de partido, todos están comiendo algo ligero.

Todos excepto Jamie. Está en el paraíso del cerdo ahora mismo. Literalmente. Está comiendo tortillas caseras con chicharrones de pollo y puré de frijoles y guacamole fresco. Una pila de calamares está esperando su turno delante de él.

Y solo nos han servido los aperitivos.

—No hay lugar como el hogar —dice Jamie con la boca llena de comida—. No hay lugar como el hogar.

—No olvides chocar tus talones —bromea Matt Eriksson.

—No tengo que hacerlo —murmura Jamie, tomando un sorbo de cerveza—. Ya estoy aquí. No hay nada tan bueno como la comida mexicana de California. Nada.

—Apuesto a que la gente sirviendo comida mexicana en *México* podría discrepar con eso —señala Eriksson.

Jamie niega.

—Podría estar igual de buena. Pero no puede ser mejor. En serio. Nunca voy a volver a comer mexicano en Toronto. No hay punto.

—¿Estás criticando Canadá? —Blake Riley jadea.

—Quizá un poco —admite Jamie—. Pero vamos. California es el paraíso. Fui a surfear con mi padre al amanecer. Y ahora hay una fiesta en mi boca.

—Este es realmente el mejor guacamole que he probado en toda mi vida adulta —comenta Lemming en acuerdo, alcanzando otra tortilla.

Tomo un sorbo de la soda que ordené, porque nadie bebe antes de un juego. Me estoy sintiendo bastante bien conmigo mismo esta noche, y todo porque animé a mi chico. Jamie es como una planta robusta, feliz bajo la mayoría de condiciones, pero ocasionalmente en necesidad de un poco de luz solar extra. Un viaje a California casi siempre funciona.

También las mamadas.

—¿Disculpe, señorita? —dice Blake, deteniendo a una camarera alta en un vestido corto.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarte?

—Posiblemente. Pero tengo una pregunta. El menú dice que los “chapulines” son saltamontes salteados. Pero, ¿qué son en realidad?

La camarera sonríe.

—Exactamente lo que dice, grandote. Los saltamontes son crujientes y deliciosos. Los aderezamos con ajo y lima. ¿Estás listo para probar algunos?

—Uh... —Mi compañero de equipo parpadea.

Jamie alza su mano en el aire.

—Yo sí. Incluso si él no. Algunos de nosotros no estamos asustados.

Hay un murmullo de risa en la mesa.

—Yo también —dice Eriksson, animándose también—. Blake podría no ser capaz de manejarlo, pero yo me apunto.

—*Amigo* —amenaza Blake—. No me des esa mierda de macho. Te dan miedo las *alturas*.

—Te dan miedo las *ovejas* —replica Eriksson.

—Pero no las *ovejas fritas* —añade alguien más.

Se fulminan con la mirada el uno al otro.

—Entonces... ¡una orden de chapulines en marcha! —dice la camarera. Y cuando se aleja, se está riendo.

No puedo resistir unirme a la pelea.

—Cien dólares dicen que Blake no comerá dos saltamontes.

—¿Tú vas a comer? —exige Blake.

—Claro, hombre. Jamie y yo competiremos contigo bicho por bicho. Vienen con salsas para mojar. Solo finge que estás comiéndote una nuez crujiente.

—Una nuez con seis patas —añade Jamie alegremente. Nuestros ojos se encuentran y los suyos están brillando. Siento tal oleada de amor cuando veo su sonrisa. Quiero darle un puñetazo en la garganta a su jefe por joderlo en esa promoción. De verdad lo hago.

Es divertido burlarse de Blake, y lo hacemos habitualmente. Pero Jamie sabe que el verdadero valor de un hombre no es si puede comerse un saltamontes frito. El verdadero valor de un hombre es si puede ser un buen compañero, un trabajador duro y un referente, todo al mismo tiempo.

Jamie es todas esas cosas. ¿Por qué no puede Bill Braddock ver eso?

—Cien dólares de mi parte también —añade Eriksson, lanzando algunos billetes sobre la mesa—. ¿Quién más está dentro?

La apuesta aumenta. Y pronto, la camarera está de vuelta con un nuevo plato de comida. Lo deja delante de Blake.

—¡*Buen provecho!* —dice en español.

—¿Eso significa... *encantada de conocerte?* —gruñe Blake—. ¿Quién va primero?

Jamie extiende la mano, toma un saltamontes marrón frito del plato y lo mete en su boca.

—Mmm. Buen sabor a chili. —Agarra otro, lo moja en la salsa y lo mete en su boca también. Mastica, sonriendo.

—¡Vamos, Blake! —incito—. Hay setecientos dólares sobre esta mesa que dicen que no te comerás dos.

—Setecientos dólares y tu hombría —se burla Eriksson, tomando un saltamontes y sumergiéndolo en salsa—. Pero sin presión. —Se lo come de un mordisco.

—Bien —dice Blake con un ceño—. Solo un segundo. —Saca su teléfono de su bolsillo y lo levanta para enmarcar su propio rostro—. J-babe, si por alguna razón no vuelvo, solo quería que supieras que te amo. Sé que criarás a Puddles para ser un buen perro. Oh, y tu regalo de cumpleaños

está en el cajón inferior de la mesita de noche. —Golpea la pantalla y nos mira con una expresión seria—. Asegúrense de que reciba ese video, amigos.

—Lo haremos —digo con la seriedad que requiere el momento. La cual es ninguna.

Blake extiende su mano hacia el plato como si pudiera morderlo. Pero agarra un saltamontes entre sus grandes dedos. No... dos. Va con la estrategia de “todo a la vez”.

—¡Hazlo! ¡Hazlo! —coreo. Y entonces todos los demás empiezan a corear también.

De repente, somos *esa* mesa, la ruidosa y desagradable que otros desprecian. Y ni siquiera estamos bebiendo.

Blake cierra los ojos y abre la boca. Los saltamontes entran. Él mastica...

Todos perdemos la cabeza.

Traga. Luego agarra la cerveza de Jamie de su mano y se la bebe.

Nuestra mesa estalla en aplausos.

Tengo el mejor trabajo de todo el maldito mundo.

Tenemos que estar en la pista de hielo muy temprano. Pero dejan entrar a Jamie conmigo para que pueda recoger entradas gratis para él y sus padres.

—¿Qué vas a hacer hasta la hora del juego? —le pregunto.

—Ir al hotel. Devolver algunas llamadas. —Baja sus ojos.

—¿Qué clase de llamadas? —Me oigo preguntar.

—Ese reclutador quiere hablar conmigo otra vez. —Suspira—. Está aquí en San José.

—¿En serio? —Me congelo, mi mano en la puerta del vestuario—. ¿Es una coincidencia?

Se encoge de hombros incómodamente.

—No estoy seguro. Quería reunirse conmigo esta noche, pero le dije que iba a pasar un poco de tiempo de calidad con la familia.

—¿Lo estás rechazando? —Me rió—. Duro.

—Mi cabeza no está en un buen lugar para escucharlo —admite Jamie—. Necesito un par de días para resolver mi mierda.

—Lo apuesto. —Pongo una mano sobre su hombro y aprieto—. Me encanta tenerte aquí, cariño. Esto ha sido divertido.

Sus ojos marrones se vuelven cálidos.

—Es lo mejor. Tengo un video de Blake comiendo saltamontes. Lo voy a editar más tarde. Si tienes alguna sugerencia de banda sonora, estoy escuchando. —Se frota el estómago—. Nunca voy a comer de nuevo. Pero el dolor que estoy sintiendo ahora valió totalmente la pena por esa salsa de guacamole.

—Tómalo con calma. —Me inclino hacia delante y planto un beso rápido en su mandíbula—. ¿Te veo después del juego?

—Destruyelos, cariño. —Me da un abrazo rápido y luego se va por el pasillo, buscando al asistente del mánager general y su alijo de entradas.

Los ánimos están altos mientras estiramos y nos preparamos. Necesito un gol esta noche. Los Canning estarán en las gradas y me gusta impresionar a mi familia política. El clan Canning es lo mejor que alguna vez me sucedió. Me quieren tanto si anoto como si no.

Aun así. Vamos a anotar algunos puntos. Estoy de humor para ganar.

Estoy dando golpecitos con mi palo cuando el entrenador deja escapar un silbido.

—¡Reúnanse, niños! La alineación titular está publicada. Hay dos cosas que no estábamos esperando. San José puso a Murray en la primera línea. Y han puesto a Pitti en la portería.

—¿Sí? —Me animo. Prefiero estar tirando hacia su portero número dos—. Esa es una elección interesante.

—Ve por ellos —dice el entrenador, palmeándome en el hombro—. El calentamiento empieza en dos minutos.

Me pongo mi casco y hago una serie de lentas sentadillas para mantener mis cuádriceps calientes. Luego sigo a mis compañeros de equipo al hielo. El reloj marca dieciséis minutos, el tiempo de calentamiento

regulado. Nunca se siente suficiente. Doy mi primera vuelta rápida. Estoy mirando a la portería opuesta y visualizando mi tiro. Mentalmente marco uno en la esquina superior izquierda. Y luego pienso detenidamente mi acercamiento por la derecha.

Estoy en la zona, lo cual significa que no estoy prestando atención a nadie fuera del plexiglás. Aprendes a apagar los sonidos del estadio.

Así que me toma un minuto notar que el nombre que están gritando por el sistema de sonido me es familiar.

Muy familiar.

—Jamie Canning, por favor, identifíquese a un miembro del personal de seguridad. Jamie Canning.

¿Qué diablos pasa?

4

Jamie

—Jamie Canning, por favor, identifíquese a un miembro del personal de seguridad. Jamie Canning.

Mi cabeza se sacude hacia un lado, como un perro levantando una oreja cuando está intentando entender a un humano hablar.

—¿Ese fue mi nombre? —pregunto a mi familia.

Los tres acabamos de acomodarnos en nuestros asientos, tercera fila, justo detrás del banquillo de Toronto. Una de las muchas ventajas de estar casado con el mayor anotador del equipo. En los juegos en casa, me siento en el palco de las esposas y novias, pero para ser honesto, prefiero ver hockey en vivo cerca de la acción.

Mi madre arruga su frente.

—Creo que podría haberlo sido.

—Una vez más, Jamie Canning, por favor, identifíquese a un miembro del personal de seguridad.

La preocupación tira de mi estómago mientras me levanto del asiento en el que acabo de sentarme.

—Espero que no sea sobre Wes. —Empiezo. Pero no, está sobre el hielo calentando y se ve perfectamente. Mierda, ¿tal vez Blake...? Nop, está patinando también—. Volveré enseguida —digo a mis padres.

Mi estómago se revuelve mientras bajo los escalones hacia una de las salidas. Diviso a un guardia de seguridad y rápidamente me aproximo.

—Hola —digo con incomodidad—. ¿Soy Jamie Canning? ¿Dijeron mi nombre por los altavoces?

—Identificación, por favor.

Le entrego mi licencia.

La mira antes de devolverla. El hombre toca su audífono y transmite algo en voz tan baja que no puedo oír lo que dice. Entonces, deja caer su mano y me da un asentimiento brusco.

—Sígame.

¿Dónde?, quiero soltar. Pero el tipo ya está caminando sin esperar a ver si lo sigo.

Me apresuro tras él y mi estómago se revuelve de nuevo. Esta vez es porque fui un cerdo glotón y me llené en la cena, así que andar rápido no es bueno para mi estado actual. Demasiados saltamontes nadando en mi estómago.

Para mi total confusión, el guardia me deja en una pequeña oficina cerca del vestuario visitante. Cuando entro, me encuentro mirando a Bern Gerlach, el primer entrenador de San José. Hay otros dos hombres presentes, pero no los reconozco.

—Señor Canning —dice Gerlach, extendiendo una mano—. Bern Gerlach.

—Eh, correcto. Encantado de conocerle, señor.

Me presenta a los hombres a su lado como un asistente de la oficina del mánager general y un representante de la liga.

—Voy a ser breve porque el disco cae en diez minutos —dice en un tono práctico—. Nuestro portero está fuera y estamos poniendo de titular a su suplente. Estás en la lista de emergencia de la NHL de porteros, ¿puedes ponerte el uniforme para nosotros esta noche como respaldo de Pitti?

Lo miro fijamente.

—Lo siento, ¿qué?

Repito la solicitud, y sí, suena igual de ridícula la segunda vez. *Estoy* en la lista de emergencia de la liga, pero nadie en realidad nunca es *llamado*. Los porteros de emergencia son criaturas míticas. De vez en cuando, escuchas historias sobre un contable que fue llamado para jugar un periodo para Nueva York, o un fontanero que de repente se encontró sustituyendo a un portero lesionado en Los Ángeles. Pero esas son prácticamente fábulas, situaciones raras que permiten que un Joe cualquiera viva sus sueños de atleta profesional.

—¿Canning? —inquire el entrenador—. ¿Puedes ponerte el uniforme?

Salgo de mi asombro.

—Sí —me encuentro farfullando, porque, ¿quién diría que *no*?—. Pero, ¿no tienen a alguien local que pueda ser el sustituto? —*Cállate, Jamie*

—. Como, ¿alguien de su equipo de la liga menor aquí? —*En serio, amigo, cállate. No pierdas este maravilloso regalo.*

El asistente del mánager general responde con tono sombrío.

—Nuestro equipo de la liga menor está volviendo de un juego en Los Ángeles. El autobús del equipo está actualmente atrapado en el tráfico del puente Golden Gate. Hubo una colisión múltiple hace más o menos una hora.

—No llegará aquí a tiempo —dice el entrenador inexpresivamente—. Eres nuestra mejor opción en este momento. ¿Estás bien para hacerlo?

—Estoy bien para hacerlo, señor.

—Genial. —Asiente hacia el representante de la liga—. Thompson solo necesita tu firma en esta exención y luego te llevaré al vestuario.

Estoy llevando el jersey del rival. Mierda. Wes va a matarme.

Estos son mis pensamientos mientras un entrenador me apremia por el pasillo, más allá de la seguridad, hacia el banquillo local.

Ninguno de los jugadores de San José realmente mira en mi dirección cuando me siento a un lado en el lugar tradicional del portero suplente. La liga requiere que los equipos tengan dos porteros para un juego, pero las posibilidades de que de verdad juegue son de pocas a ninguna.

El estadio está vivo con excitación mientras los dos equipos se ponen en posición. Wes está en la primera línea, tomando el saque. Estoy muriendo por levantarme y saludarlo como un idiota total. O a cualquiera de Toronto, de hecho. Esto es como ganar la lotería y no ser capaz de compartirlo con la gente que quieres. Quiero que alucinen tanto como yo por este acontecimiento.

Pero mi marido y su equipo están muy centrados en el juego, como deberían. Casi inmediatamente después del saque, Pitti está bajo ataque. Toronto se aprovecha de la ausencia del portero titular de San José.

Sin embargo, Pitti es bueno. Durante once minutos, para cada disparo que va hacia él, en un punto se tira para parar y envía mi corazón a mi garganta. Ni siquiera estoy jugando y aun así la adrenalina en mi sangre es alta. Y la agitación en mi estómago es incluso peor ahora. Los nervios y un centenar de platos de comida mexicana no se llevan bien.

Pero la suerte de Pitti se termina cuando Matt Eriksson lanza un tiro que vuela en la red, por la esquina superior derecha. Toronto va ganándonos 1-0, y cuán lindo es que esté refiriéndome a eso como “*a nosotros*”. En realidad no soy un jugador de San José. Soy un calienta-banquillos que no va a ver un segundo de tiempo de hielo porque Pitti está haciéndolo muy bien.

Mi trabajo es sentarme aquí, ocasionalmente abriendo la puerta del banquillo para facilitar un rápido cambio de línea. Hay porteros suplentes que pasan el noventa por ciento de su tiempo sentados aquí, abriendo y cerrando esta puerta. Y la gente se pregunta por qué rechacé la liga menor para convertirme en entrenador.

Sin embargo, es muy divertido por una noche. Y nunca he tenido mejores asientos para uno de los juegos de Wes.

Cuando el primer tiempo termina, una vez más intento captar la atención de alguien de Toronto, pero esos bastardos están patinando con arrogancia hacia el túnel sin una mirada atrás. Con una ventaja de 3-1, tienen el derecho a sentirse arrogantes.

Camino fatigosamente hacia el vestuario con el equipo de San José durante el descanso Mi ropa todavía está ahí, en el banco. Solo para ser un imbécil, saco mi teléfono, me quito el casco prestado y tomo una selfie con el jersey verde azulado. Se lo envío a Wes. No lo verá hasta después del juego, pero este es un momento que necesita ser conmemorado.

—Oye, chico bonito —se burla un jugador—. ¿Tal vez deberías guardarte la foto para después del juego?

—Dale un descanso, hermano —discute alguien—. Esto es importante para el chico.

—Claro que sí. —Echo un vistazo agradecidamente hacia el jugador que se puso de mi lado.

—¿De dónde eres? —inquire el jugador. Es un defensa novato.

—Crecí en Marin County, pero vivo en Toronto ahora. Entreno hockey junior.

—¡Genial! —Su rostro se ilumina—. Toronto, ¿eh? Es un poco raro que fueras llamado para este juego.

—Eh... —Es mucho más divertido de lo que sabe.

—Oye, de ninguna jodida manera —espeto a alguien. Alzo la mirada hacia el rostro gruñón de Nik Sokolav, el delantero estrella de San José. Debe seguir los sitios de chismes deportivos porque obviamente me reconoce—. ¡Este chico no puede ser nuestro respaldo! ¡Entrenador! ¿Qué mierda? —Se levanta, señalándome—. ¡Está acostándose con el jodido enemigo! Si termina teniendo que entrar, le entregará el juego al jodido Ryan Wesley.

Ahora todos me miran. Impresionante.

—Miren —digo antes de que el entrenador pueda responder—. Nada me hace más feliz que patear el culo de mi marido. Solíamos tener competiciones de uno contra uno cuando éramos niños y gané mi justa cantidad de ellas. Sé cómo parar al imbécil.

Hay algunas risas nerviosas en la habitación.

—Deja al hombre en paz —gruñe Gerlach—. Mete el disco en la red esta noche, Sokolav, y entonces no importará quién está en la portería.

¿Y luego? Ese cabrón lo hace.

Marca goles consecutivos durante el segundo periodo, empatando el juego. Desde el banquillo, no paso por alto la tensión en la mandíbula de Wes cuando cae en el banquillo después de su cambio. Está molesto. No le gusta perder. Pero Toronto le da la vuelta al final del segundo tiempo, tomando la ventaja de nuevo cortesía de un tiro de Blake Riley.

Suena el timbre y una vez más dejo el hielo con “mi” equipo, incapaz de hacer señas a un solo jugador de Toronto. Sí grito “¡Oye, Wesley!” a la espalda de mi marido, lo cual me gana un profundo ceño de Sokolav. Además, mi grito es ahogado por los cientos de otros gritos reverberando a través del estadio. Supongo que mi breve periodo como jugador profesional de hockey no está destinado a ser presenciado, pero la historia será igual de buena cuando se la cuente a Wes y a los chicos después del juego.

El tercer tiempo empieza. Pitti, una vez más, está bajo ataque y de nuevo haciéndolo muy bien contra la poderosa ofensiva de Toronto.

Al menos, hasta que se tira. No es tan hermoso y fluido como la primera vez que lo hizo en el primer tiempo. Esta vez, la caída es torpe y mala, y dos de los delanteros de Toronto colisionan contra él

accidentalmente cuando está en el suelo. Hay un altercado y Pitti es bloqueado de mi vista. Suenan silbatos. Los árbitros patinan hacia la red.

El alivio se apodera de mí cuando Pitti es ayudado a ponerse en pie. Está bien. Paró el tiro y recibió un par de golpes, pero...

No está bien, me doy cuenta.

Está aferrando su brazo, sosteniéndolo fuerte contra su pecho. Uno de los árbitros habla urgentemente con él y Pitti empieza a negar. Sus hombros acolchados caen ligeramente mientras empieza a patinar lejos de la red.

En el banquillo, todos los ojos se vuelven hacia mí.

5

Wes

Las lesiones apestan. Apestan muchísimo.

Con eso dicho, ya estamos ganando a San José por uno, ¿y ahora estamos a punto de jugar los últimos catorce minutos enfrentando a su portero *de tercera*? Ganaremos por doce goles para el momento en que este juego termine.

Me siento mal por Tim Pitti, realmente lo hago. Claramente está sufriendo mientras se dirige por el túnel hacia el vestuario. No me encontraba en el hielo para esa jugada, pero Blake dijo que oyó un hueso romperse. La sola idea me hace estremecer.

Sin embargo, las lesiones vienen con el trabajo. Y mientras que simpatizo con Pitti, no me estoy quejando sobre este desarrollo.

—¿Quién es el suplente del suplente? —inquire Lemming perplejo.

—Ni idea —responde Eriksson.

—Es ese tipo —comenta Blake, su mano enguantada moviéndose hacia el banquillo local.

Resoplo.

—No jodas, Sherlock. Pero, ¿cuál es su nombre? ¿Lo hemos visto antes?

Nuestras miradas están pegadas en el jugador de San José patinando hacia la red. Su máscara no está puesta, pero nos da la espalda, de modo que no podemos ver su rostro. Y su jersey no tiene nombre, solo el número 33. En la red, se pone sus guantes, luego se gira un poco, revelando un perfil.

—Se parece un poco a J-Bomb —comenta Blake.

—Ese poco es J-Bomb —gruño, poniéndome de pie. Bueno, sobre mis patines.

¿Qué *diablos* está pasando? ¿Por qué está Jamie llevando un uniforme de San José y encargándose de su portería?

Estoy a dos segundos de saltar sobre la pared cuando recibo una brusca reprimenda del entrenador. Además, el sistema de megafonía elige ese momento para anunciar que un señor Jamie Canning es ahora el portero de San José.

Una risa asombrada escapa de mi boca. Está en la lista de emergencia de porteros, recuerdo de repente. Está sustituyendo a un lesionado Pitti.

—Está riéndose como un loco —dice Blake a nuestros compañeros—. Wesley ha enloquecido.

—¿Lo culpas? —Eriksson empieza a reírse también—. ¿Canning está en la portería? Mierda, esto es épico.

—Épico —repite Blake.

Y entonces, no hay más tiempo para discutir, porque un nuevo saque comienza y de repente estoy viendo a mis propios compañeros de equipo jugar contra mi marido.

Tan. Jodidamente. Loco.

No toma mucho para que los recuerdos invadan mi cerebro. La habilidad de Jamie con el guante. Sus reflejos rápidos como el rayo. La concentración y la absoluta calma; eso siempre me impresionó sobre él cuando nos enfrentamos en la universidad. Nunca jamás perdía la calma. Nada lo perturbaba cuando estaba en esa red.

—Cambio —espeta el entrenador, y mi línea salta del banquillo y toma el hielo. Estoy patinando hacia el centro, con Blake a mi izquierda y O'Connor a mi derecha. Nuestros defensas son Laurier y Matin. Nuestros cinco mejores jugadores, todos enfocados en Jamie Canning.

Pero puede manejarlo. Detiene el tiro de Blake, hace una parada en la recuperación y luego lanza el disco hacia un delantero de San José, que vuela con él. Ahora estamos en defensa. Pasamos el resto de nuestro turno intentando evitar que San José marque. Estoy sin aliento para el momento que el entrenador cambia a otra línea. Me inclino sobre la pared mientras gotas de sudor caen por mi rostro.

—¡Mira a J-Bomb! —exclama Blake.

Como si pudiera mirar a otra parte. Es jodidamente *increíble*. Hace tres paradas más y luego, para nuestra consternación, uno de los defensas de

San José aprovecha una recuperación errante y logra marcar un gol afortunado.

El juego está empatado. La multitud local está gritando, animando a sus chicos. Los pocos fans de Toronto en las gradas gritan sus propios ánimos. Su energía me alimenta cuando tomo el hielo otra vez. Quedan cinco minutos... eso es mucho tiempo.

Gano el saque y golpeo el disco. Blake lo persigue y lo atrapa con su palo, disparándome el disco de vuelta. Pero es robado por un defensa y San José ataca de nuevo. Esta vez, nuestro portero los detiene, y cuando el disco aterriza en mi palo, de repente me encuentro en el tipo de jugada en la que tengo que pasar a todos los defensores.

La adrenalina chisporrotea a través de mí mientras cargo hacia la red rival, donde Canning monta guardia.

Esto se siente familiar. Tan jodidamente familiar. Y juro que me saca la lengua cuando rechaza el gol. Su guante se cierra a su alrededor y la frustración me sigue hasta el banquillo.

Se siente familiar porque es familiar. Los disparos de uno contra uno que teníamos cuando éramos niños están grabados en mi memoria. Particularmente porque el último llevó a poner mi boca en la polla de Jamie. Nuestros veranos en el campamento de hockey en Lake Placid fueron los mejores de mi vida. Es donde me enamoré de Jamie. Es donde reconectamos y donde se enamoró de mí.

Jesús, cuán lejos hemos llegado. De amigos de la infancia a amantes a marido y marido.

La vida es una cosa hermosa.

Cuando juego hockey, siempre estoy eufórico, pero esta noche es el doble. Es adrenalina y excitación, y puro jodido amor mientras veo a Jamie hacer cuatro paradas más en los siguientes minutos. Cuando quedan dos minutos, Eriksson hace un penalti estúpido y San José tiene una jugosa movida ofensiva. Estoy en el hielo para el penalti, pero los tiburones están hambrientos y, a treinta segundos, anotan.

La multitud local se vuelve loca.

Toronto es incapaz de empatar. Perdemos contra el equipo local y mientras que estoy decepcionado, tampoco puedo negar que estoy

secretamente feliz por Jamie. Sus compañeros de equipo revolotean por el hielo y lo pierdo de vista en el enorme espectáculo de celebración, pero sé que debe estar muy feliz. Y me alegro por él. Se merece cada cumplido que va a recibir esta noche.

Se merece el mundo.

6

Wes

—¿Dónde. Mierda. Estamos? —inquire Blake, sus ojos vagando por la brillante y terriblemente a la moda habitación—. Silicon Valley le hace cosas raras a sus bares.

No se equivoca. Estoy sosteniendo un cóctel de veintidós dólares, mientras que la luz azul y la música tecno nos inundan.

—Así es como imaginaría un bar en la nave de Star Trek.

—Nah —dice mi compañero de equipo Will O'Connor—. ¿Dónde están las mujeres alienígenas con tres tetas?

Olvida a las mujeres alienígenas. ¿Dónde está Jamie? Tomo un sorbo de mi caro cóctel y escaneo la habitación otra vez. Estoy deseando ver su cabeza rubia aparecer entre la multitud. Pero no. Somos solo nosotros.

Después de ganar, San José envió a un mensajero a nuestro vestuario para decirnos que los encontraríamos aquí. *Puedes recuperar a tu portero después de que le invitemos a una bebida*, decía la nota.

Así que supongo que Jamie hizo algunos nuevos amigos esta noche. Debe estar fuera de su mente ahora mismo. Honestamente, mi cabeza está explotando un poco con ideas sobre lo que podría suceder después. ¿Estaba ese reclutador de Ottawa en las gradas esta noche cuando Jamie se convirtió en el héroe de San José? Apuesto a que sí.

Toda la vida de mi hombre está a punto de cambiar. Y siento *todas las cosas*. Excitación. Asombro. Incredulidad. Preocupación. Y, bien, una punzada de miedo. No tendrá tanto tiempo para mí ahora. No necesito ser el centro de atención. Pero me gusta ser el centro de *su* atención.

Pero empujo esa fea emoción de nuevo a su cueva. Esta es la noche de Jamie y no puedo esperar a ver qué sucede después.

Algunos de mis compañeros van a la pista de baile, quemando su energía post-juego. Lemming acapara a una mujer con piernas largas ante la barra y empieza a mostrar su encanto. Pero solo sorbo mi bebida y miro a la puerta.

Justo cuando estoy seguro de que ha sido secuestrado por mis rivales, esa cabeza dorada aparece a la vista, rodeada de un grupo de chicos en chaquetas verde azuladas. Siento una oleada de alivio que no tiene mucho sentido. Y entonces estoy en movimiento, cruzando el espacio, dejando mi vaso vacío en la superficie más cercana y abrazándolo como he necesitado hacerlo toda la noche.

—¡Hola! —dice con una risa mientras lo aprieto—. Lamento tu periodo sin goles. Mejor suerte la próxima vez.

Las esquinas de sus ojos se arrugan con su sonrisa y todo está bien en el mundo.

—Te ganaré la próxima vez. —Tomo su guapo rostro con mis manos y lo beso en la mejilla.

Cuando doy un paso atrás, todo un grupo de jugadores de hockey me están mirando fijamente. Pitti, el portero cuyo brazo está ahora en un cabestrillo, luce particularmente impresionado. Como si yo fuera la alienígena con tres tetas.

Ya saben que soy ese chico, el que está casado con un chico. Pero al parecer, nunca lo han visto de cerca.

—Así que, ¿vamos a beber o qué? —dice Jamie fácilmente.

—Sí —responde Nik Sokolav, reaccionando—. Y Pitti invita, porque salvaste su culo esta noche.

—Aw, hombre —dice Pitti con una risa—. Bien. Cerveza barata para todos mis amigos.

—La cerveza barata aquí cuesta nueve dólares —señala alguien—. Ay.

—Y no olviden a sus sedientos rivales —intervengo—. Les prestamos al mejor entrenador de porteros de Toronto. Es hora de saldar la deuda.

—Mejor empezamos entonces. —Pitti palmea a Jamie en la espalda con su mano buena y lo lleva hacia la barra.

Varias cervezas más tarde, estoy sintiéndome genial en la vida. Jamie está ocupado intercambiando historias de guerra con sus nuevos amigos de California. Pero estoy haciendo planes. Es un viaje de cuatro horas y media en auto entre Toronto y Ottawa. Pero un poco de investigación en mi

teléfono me muestra un par de ciudades entre Toronto y Ottawa. Como Belleville y Kingston. Podríamos comprar una pequeña casa en Lake Ontario y rentar un estudio para Jamie en Ottawa.

En las noches en que ambos equipos estén en casa, podríamos hacer el viaje de dos horas en auto y reunirnos en el medio. Sería nuestro lugar de escape. Además, si Jamie está en las ligas menores por un tiempo, su temporada sería más corta que la mía por un par de semanas.

Y tendríamos nuestros veranos. Claro, son solo seis semanas. Pero me enamoré de Jamie en un par de veranos que no fueron mucho más largos que eso, ¿verdad? Él ha hecho todos los sacrificios hasta ahora. Estoy dispuesto a hacer algunos por él.

Cuando finalmente es hora de irse, estoy estallando con ideas. Salen en un torrente en el taxi en nuestro camino al hotel del equipo.

—... y serás un entrenador incluso más valioso con un poco de experiencia profesional —señalo—. Cuando vuelvas a entrenar, y sé que querrás hacerlo, tendrás tu elección de trabajos.

Jamie escucha pacientemente todo este vómito de palabras. Es difícil detenerme cuando empiezo a hablar sin parar. Estamos en el pasillo fuera de nuestra habitación de hotel para el momento en que finalmente tomo aliento y desbloqueo la puerta con mi tarjeta llave.

Entra delante de mí, tirando su billetera sobre el escritorio y dejando caer una bolsa de compras que le dieron los jugadores de San José cuando nos íbamos. Hay un jersey verde azulado en ella que llevó esta noche durante su debut en la NHL.

Sin palabras, Jamie se quita su chaqueta y luego su camisa. Después cae de espaldas sobre la cama y mira, inmóvil, al techo.

Podría haberlo impresionado un poco. Le daré un minuto antes de que nos lancemos en una ronda de sexo de victoria.

—Solo voy a cepillarme los dientes.

—No.

—¿No? —Hago una pausa en la puerta del baño—. Pero comí algunos aperitivos raros en el bar. Creo que eran pretzels sin gluten.

—No, quiero decir... no quiero conducir dos horas cada cuatro días para ver tu rostro.

—Oh. —Trago—. De acuerdo. Hay diecisiete vuelos al día en Porter. Esa es mi otra idea. Es una hora de vuelo.

—Wes. —Jamie se sienta de repente—. Me divertí esta noche. Excepto cuando pensé que iba a vomitar.

—¿Estabas nervioso? —pregunté, intentando entender.

—¡No! Pero comí un montón de comida mexicana. La primera vez que me tiré casi me rompí. Pero ese no es el punto. —Niega—. Me divertí mucho, pero fue solo eso. Una noche salvaje. Y ahora tengo más de cinco llamadas de ese reclutador en mi teléfono.

—Estaría loco para no llamarte esta noche —señalo—. Probablemente se esté meando encima preguntándose si otros equipos están detrás de ti.

Jamie hace un sonido impaciente.

—Mira, es una historia divertida. Mis padres estarán hablando de eso durante años. Los blogs de deportes van a disfrutarlo. Pero apuesto a que ninguno señala la ventaja injusta que tuve esta noche.

—¿Qué ventaja?

—Los conozco muy bien, chicos. Veo cada juego de Toronto. Conozco personalmente a cada jugador de cada línea. Claro, entré sin calentar. ¿Pero el primer tiro de Blake? Fue como ver un viejo video. Sabía lo que venía. Ese periodo fue mejorado por mi disfrute. Y nunca sucederá de nuevo.

—Bueno, claro, no exactamente así, pero...

Alza una mano para silenciarme.

—Esta es la cosa, no quiero que toda mi vida se convierta en una historia linda, o una cita. Si Bill Braddock me llamara ahora mismo y me ofreciera la promoción que se suponía que tuviera, la aceptaría en un segundo.

Oh.

—Soy un buen portero, Wes. Pero soy un *gran* entrenador. Honestamente, me estoy pateando ahora mismo porque debería haber presionado más por ese trabajo. Debería haber hecho más ruido. Lo jodí. Eso ha sido duro de aceptar. Pero no dejaré que un accidente divertido me aleje de lo que se supone que esté haciendo realmente.

Me siento pesadamente en la cama a su lado. Pasé la noche yendo en una dirección, y no es fácil reorganizar mis pensamientos. Otra vez.

—Entonces, ¿no quieres ir a Ottawa en absoluto?

Despacio, niega.

—Nunca nos veríamos. Si estuvieras en prisión, tendría permitido más visitas conyugales de las que tendríamos si me mudara a Ottawa.

Suelto una risa.

—Vamos a no probar esa teoría.

—Wes. —Jamie me hace señas. Y cuando me inclino, me rodea con sus brazos—. Te amo mucho. Pero no planees esto por mí, ¿de acuerdo? Sé que es difícil de entender para ti, porque te encanta tu trabajo. Pero me encanta el mío también.

—Lo sé —digo rápidamente, envolviendo mis brazos alrededor de su robusto cuerpo—. Sé que lo haces. Simplemente estuviste tan *impresionante* esta noche. Ni siquiera puedo entenderlo. Nunca he tenido más diversión. Jamás.

—¿Es así? —Jamie empuja una rodilla entre mis piernas y agarra mi culo sugerentemente—. Tenemos todo tipo de diversión, sin embargo. La mitad del tiempo ni siquiera puedes recordar tu propio nombre después.

—Verdad. —Su piel huele a jabón de vestuario, y quiero más. Acercándome más, beso su cuello—. Bien. No intentaré planear tu vida. ¿Pero eso significa que tengo que llamar al equipo de matones que contraté para enseñarle a Bill Braddock una lección?

—Sí. —Suspira—. Guarda la violencia para la pista de hielo. Este es un problema que tengo que resolver yo mismo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti. Incluso conducir a Bellewood para follarte.

Jamie resopla.

—Belleville.

—Sí. Allí también.

Se ríe y luego me besa.

7

Jamie

Cuando doy un paso en el hielo el sábado por la mañana, mi cabeza está llena de planes para el juego contra Niágara. Tenemos una hora para patinar por la mañana, seguida de otra hora para ver videos. Luego, tendré que dejar a mis chicos tomarse un poco de tiempo libre para almorzar, ya que el juego comienza a las cuatro.

Pero justo cuando patino mis primeras zancadas hacia delante, cada chico en el equipo deja escapar un grito y luego se apresuran hacia mí. Cuatro segundos más tarde, soy rodeado por un grupo de alborotados chicos de dieciséis a veintiún años riendo. En realidad me elevan en el aire, todos hablando al mismo tiempo.

—Oh, Dios mío, ¡esa parada a Wesley!

—¡Jodidamente impresionante!

—¡Genial!

—Estábamos *muriendo*.

—Solo estoy aquí para entretenerlos. —Me rió, intentando volver a ponerme en pie.

—¿Vas a hacerte profesional? —Quiere saber mi portero—. Ese reclutador de Ottawa te quiere más que a mí.

¿Esto otra vez?

—No voy a ninguna parte. —Ni siquiera a Barrie, al parecer. Todavía arde que no consiguiera ese trabajo. Y, por la esquina de mi ojo, puedo ver a Bill Braddock observándome desde la parte superior de las gradas, donde está sentado con el segundo entrenador y un par de otros chicos.

La presión continúa, entonces. Tenemos que ganar este juego.

Junto mis manos.

—Bien, chicos. La fiesta ha terminado. Vamos a vencer a Niágara en unas horas, pero solo si podemos detener a su ofensiva. Entrenemos un poco antes de ver videos. Taylor, pon los conos para una *odd man rush*².

—De acuerdo, entrenador. —Se aleja patinando.

Parte de mi trabajo es saber con qué chicos puedo contar siempre para marcar el paso. Taylor siempre está abierto a ayudar.

—¡Trapatski! Deja de perder el tiempo y prepárate para la jugada. Movámonos.

Bill y su equipo se quedan en sus asientos, observando. Sería agradable si el primer entrenador o su segundo bajaran aquí y dirigieran a su equipo, pero supongo que no puedes tenerlo todo.

Me estoy sintiendo peleón hoy. De verdad que sí.

—¡Alinéense, chicos! ¡Muévanse!

Todos están sudorosos para el momento en que he terminado una hora más tarde. Incluyéndome.

—¡Vayan al vestuario! —grito después de tocar mi silbato—. Video en treinta.

Soy el último en el hielo. ¿Y *ahora* Braddock está esperando en el banquillo?

—¿Tienes un segundo? —cuestiona.

No realmente, casi espeto. No soy estúpido, así que me contengo. Pero todavía siento frialdad hacia él. No es una manera genial de sentirse hacia tu jefe, pero supongo que necesito unos días más para superar mi decepción.

—Claro —murmuro—. Pero vamos a ver videos pronto.

—Lo sé. Pero tengo unas pocas cosas que discutir contigo antes. Primero de todo, nunca me divertí tanto en mi vida como lo hice viendo ese juego de San José.

A pesar de mi mal humor, una sonrisa aparece en mi rostro.

—*Fue* divertido.

—Sé que el equipo de Ottawa está intentando atraerte para sustituir a su portero suplente. Tenemos suerte de no estés interesado.

—*Tienen* suerte. —Simplemente escapa cuando me siento en el banquillo para desatar mis patines.

Bill solo sonrío.

—Lo sé, chico. Lo sé. Y puedo ver en tu rostro que no has superado lo del trabajo de Barrie. Pero ese no es el puesto adecuado para ti. Estás muy cualificado para solo ser segundo entrenador. Y como Ron y yo te dijimos, pensamos que merecías una posición diferente.

Mi mano se congela en los cordones.

—¿Muy cualificado? —Eso no tiene sentido. Segundo entrenador es el siguiente trabajo en la escala. Levanto mi cabeza rápidamente—. ¿Qué diablos significa eso?

—Jamie, voy a cubrir tu sesión de video, ¿de acuerdo? Hay algunos chicos que quiero que conozcas. Vinieron de Mississauga para conocerte mejor. —Alza su pulgar hacia las gradas.

Entrecierro los ojos hacia los entrenadores sentados en los asientos distantes.

—¿Mississauga?

Me da una palmada en la espalda.

—Ve a hablar con ellos.

Llego a casa a eso de las seis y media. Cuando abro la puerta, un Wes sin camiseta me grita desde la cocina, donde está mirando el interior del refrigerador:

—¿Cómo fue el juego, cariño? ¿Y qué quieres para cenar?

—Cenar —repito despacio. Mi cabeza está en otra parte.

—Sí, ¿cena? ¿Esa comida que a veces cocinas pero que a veces comemos fuera? —Frota sus abdominales perfectos—. Estoy hambriento.

—Completamente olvidé qué quería hacer con la cena. —Completamente olvidé todo lo que había estado pensando hasta que los chicos de Mississauga me dejaron alucinado.

—¿Ganaste tu juego, sin embargo? —dice Wes, inclinando la cabeza para estudiarme—. Vi que el marcador final fue cuatro a tres. Pensé que podíamos salir a celebrarlo.

—Celebrar. —Esa palabra me hace reaccionar—. Sí. Salgamos. ¡No! Pidamos algo.

Wes echa su cabeza hacia atrás y se ríe.

—¿Cuál es, cariño?

—Pidamos algo para ambos. Cualquier cosa. Voy a abrir una botella de vino. Hay algo que quiero discutir.

Se encoge de hombros.

—¿Cualquier cosa? ¿Incluso mexicana canadiense?

—Cualquier cosa menos eso —insisto mientras corro por su lado hacia nuestra habitación—. Voy a cambiarme y abrir el vino. Encuéntrame en el sofá en cinco.

—Sí, entrenador Canning. Oye... ¿me traes una camiseta?

Estoy tan distraído que olvido la camiseta. Es posible que mi subconsciente solo se quiera saltar la parte de esta noche donde estoy quitándole su camiseta de nuevo, de todos modos. Vamos a tener todo tipo de celebraciones, incluyendo del tipo desnudo.

Después de dejar dos copas de vino sobre la mesa de café, me dejo caer en el sofá junto a Wes.

—Ahora escupe —dice—. ¿Hablaste con Bill?

Abro mi boca para responder, pero Wes no ha terminado.

—¿Le dijiste que merecías ese trabajo? ¿Leyó la historia en el blog de *Sports Illustrated*?

—Espera, ¿qué historia en *Sports Illustrated*?

—“Disputa Familiar” es el título que le dieron. —Wes se ríe—. Hay una toma perfecta de ti parando mi tiro. Tenemos que enmarcar eso y colgarlo en la pared.

—Sí. Impresionante. ¿Puedo contarte mis noticias ahora? Fui transferido. Y promovido.

—¿En serio? —Los ojos de mi marido se amplían—. ¿A Barrie? Por favor, no digas Ottawa.

—¡No! A Mississauga.

—Oh —dice cuidadosamente—. Eso no está demasiado lejos de aquí, ¿cierto?

—Nop —confirmo—. Solo a veintisiete minutos por la autopista Gardiner.

Sus ojos brillan. Se tumba sobre mi regazo, estirándose sobre la superficie del sofá.

—Mierda. Me preocupé mucho cuando dijiste transferido.

Bajo la mano y acaricio su cabello.

—Esto es un buen tipo de transferencia. Extrañaré a Bill, pero valdrá la pena. ¿No quieres saber qué trabajo es?

Rueda un poco para poder mirarme.

—Segundo entrenador, ¿verdad?

Niego.

Sus ojos prácticamente sobresalen.

—¿Qué, entonces?

—Primer entrenador. Seré el primer entrenador más joven de un equipo de la CHL desde... siempre. Desde que la liga fue formada.

Wes se sienta rápidamente.

—¡Estás *jodiéndome*! ¡Eso es increíble!

—Estoy bastante contento. Quiero decir... estoy un poco impresionado. Lo van a anunciar el próximo mes, y luego estaré dividiendo mi tiempo entre Toronto y Mississauga hasta el final de la temporada, poniéndome al día.

Wes solo me está mirando ahora.

—El *más* joven.

—Eso es lo que el hombre dijo. —Creo que mi mandíbula casi se cayó cuando el entrenador me dijo que se estaba retirando y me había elegido para el trabajo.

—Cariño. —Wes se acerca más y toma mi rostro en sus manos—. Eres una jodida estrella de rock. —Luego me besa.

Ah. ¿Ves? Un Wes sin camiseta subiendo a mi regazo es el tipo de celebración que había estado planeando esta noche. Lo atraigo con ambas manos.

Sonríe en nuestro beso.

—Tal vez las pizzas que pedí tardarán un poco.

—Mmm. —Estoy de acuerdo, pasando mis manos por sus bíceps tatuados—. La pizza toma tiempo. —Tiro de su pierna hasta que me monta a horcajadas apropiadamente.

—Enhorabuena por tu victoria —dice entre besos con lengua.

—¿Qué estoy ganando? —me burlo, mi mano pasando por su culo—. ¿Esto?

—Tal vez —gruñe, besando mi cuello—. Si tenemos ti...

El timbre suena.

—¡WESMIE! —grita Blake desde el otro lado de la puerta—. ¡Esta jodida foto! ¡La imprimí y la enmarqué! ¡Es *épica*! —El sonido de un puño gigante golpeando nuestra puerta es ensordecedor.

Ambos gemimos.

—¡Dejen de besuquearse en el sofá y abran esta puerta! —Hay otro sonido. Un tintineo—. No importa, tengo mi llave. —La puerta se abre un segundo más tarde y la sonrisa tonta de Blake aparece en el umbral—. Ooh, vino. ¿Sírvanme una copa? ¡Miren esto! —Blake alza la foto enmarcada.

Me levanto y rodeo la mesa de café para poder verla mejor. La foto me muestra en todo el uniforme de portero, el ceño fruncido, deteniendo con mi guante el tiro de Wes. El Wesley en la espalda de su jersey es solo visible a la derecha.

Blake ha puesto de alguna manera un globo de diálogo sobre mi cabeza que dice: “¡NOP!”.

Estallo en risas. Porque es épico. No hay palabra mejor.

—¿Ordenaron comida o algo, chicos? —cuestiona Blake—. Es hora de meter la comida en la boca. Y Jessie está trabajando en el turno de noche.

Wes y yo intercambiamos una mirada. Asiento.

—¿Qué te parece la pizza? —dice Wes con un suspiro.

—Impresionante. Solo me serviré una copa de vino.

—Gracias por ser tan bueno sobre todo esto —le digo a Wes.

—¿Sobre qué? ¿Que consigas tu trabajo soñado? ¿Cómo si no actuaría más que jodidamente emocionado?

—Quiero decir, gracias por aguantar cuán malhumorado estuve sobre este estrés del trabajo. —Me recuesto en el sofá y pongo mis pies sobre el regazo de Wes—. El primer entrenador necesita un masaje de pies.

—Pensé que yo era el *primer* entrenador en esta relación. —Me da un guiño pervertido.

—Puedes mostrarme más tarde —replico con una sonrisa lasciva.

—¡Demasiada información! —exclama Blake desde detrás de la encimera.

Ambos miramos en su dirección al mismo tiempo. Y luego de nuevo el uno al otro.

—¿Le enseñamos una lección? —susurra Wes.

—Síp —contesto.

Y entonces nos lanzamos el uno por el otro. Wes envuelve sus fuertes brazos a mi alrededor y se zambulle en el beso, deslizándose sobre el sofá y luego dejando caer su cuerpo firme sobre el mío.

Se supone que sea una broma. Pero en el segundo en que los labios de Wes encuentran los míos, ya no es tan divertido. Amo a este hombre, y soy tan jodidamente afortunado por tenerlo en mi vida.

—¡Cheezus! —grita Blake—. ¡Sin lenguas! Aw, *amigos*. Bueno, voy a elegir el canal de televisión. Va a ser algo jodidamente canadiense. Como los campeonatos de pesca en el hielo.

Blake balbucea, pero es solo ruido de fondo ahora. Finalmente, se nos une en la sala de estar y dejamos de besarnos, pero puedo sentir la mirada hambrienta de Wes en mí mientras sorbo mi vino y sé que estaremos sobre el otro una vez que nuestro amigo se vaya. Pero, por ahora, dejamos que la anticipación aumente y nos contentamos con el vino y la compañía y la felicidad de simplemente estar juntos.

La vida es buena.

No, es *épica*.

Sobre las autoras



Sarina Bowen es una de las autoras mejor vendidas de Usa Today con más de treinta libros, incluyendo: la serie True North, y los Brooklyn Bruisers. Es coautora de Him/Us y la serie WAGs con Elle Kennedy. Es la autora de la serie The Ivy Years, ¡y más!

¿Estás buscando una historia de amigos a amantes o tal vez incluso un libro sobre un bebé secreto? Puedes leer una lista de los libros de Sarina llenos de tropo y estilo.



Una de las autoras mejor vendidas del New York Times, USA Today y Wall Street Journal, Elle Kennedy creció en los suburbios de Toronto, Ontario, y tiene una licenciatura en inglés de la universidad de Nueva York. Desde temprana edad, sabía que quería ser escritora y empezó activamente a perseguir ese sueño cuando era adolescente.

Elle escribe actualmente para varias editoriales. Le encantan las heroínas y los héroes alfas y sexys, ¡y solo el suficiente calor y peligro para mantener las cosas interesantes!

AGRADECIMIENTOS

Traducción

Mimi

Corrección

Nanis

ESTE LIBRO LLEGA A USTEDES, GRACIAS A

SIMPLY BOOKS

Notas

[← 1]

Canadian Hockey League.

[← 2]

Odd man rush: es una jugada de hockey en la que los jugadores de un equipo entran en la zona de ataque y superan en número a los defensas ya en esa zona.

zlibrary

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.



z-library.se

singlelogin.re

go-to-zlibrary.se

single-login.ru



[Official Telegram channel](#)



[Z-Access](#)



<https://wikipedia.org/wiki/Z-Library>